

TRABAJOS FINALES EN EL DOLMEN DE LA COLLÁ CIMERA Y EN LA NECRÓPOLIS DE LA COBERTORIA (DIVISORIA LENA-QUIROS)

Miguel A. de Blas Cortina

Es el de La Collá Cimerá el monumento extremo, por el N., de los integrantes de la estación megalítica de La Cobertoria, —excavada sistemáticamente entre 1981 y 1986 (de Blas, 1990)—, sito en el contacto con los primeros afloramientos calcáreos de la Sierra del Aramo en su borde SE.

Dispuesto, como el topónimo indica, en un alto collado (1.240 m.s.n.m.), se emplaza en el breve llano que vertebrá las pendientes que descienden rápidas hacia los valles de Quirós al O. y de Lena al E. en un punto de paso tradicional entre ambos territorios.

El megalito, de arquitectura sencilla y proporciones moderadas ($\varnothing = 8\text{m}$. E-O.) es en su volumen monumental el más discreto de la necrópolis, aunque en sus rasgos específicos sintonice con lo observado en dolmenes de mayores magnitudes del mismo conjunto (el Llagüezu o la Mata'l Casare, por ejemplo). En esencia la excavación extensiva de su estructura define una cámara subrectangular, ortostática, conservando todavía cuatro de los bloques parietales originales, cimentados en el plano arcilloso del "solum"; reforzándose en su exterior con pequeñas lajas u ortostátos periféricos que cumplen como refuerzos de la propia cámara y, a la vez, como intermediarios entre aquella y la estructura tumular (algo semejante se precisa en los dolmenes cercanos ya citados).

El túmulo, que alcanza en su altura el límite superior de los ortostatos, por lo que primitivamente recubrió la cámara, ocultándola, definía un volumen semejante a un casquete circular. Construido con bloques areniscos del zócalo rocoso local, inicia su edificación con un episodio basal de bloques gruesos, sucediéndose un relleno en piedra menor, dando una masa compacta y equilibrada. El perímetro del montículo artificial quedaba bien delimitado por un cinturón de piedras gruesas conservado *in situ*. Este peristalito era más patente en un breve tramo del sector occidental donde algunas lajas estaban hincadas verticalmente en un claro intento de contener el empuje radial del relleno del túmulo.

Señalan los rasgos constructivos un concepto arquitectónico preciso y el seguimiento de pautas concretas de edificación pese a lo reducido de sus dimensiones.

En contraste manifiesto con la expresión monumental de este dolmen, las excavaciones aportaron el repertorio industrial en piedra más cuantioso, por el momento, de todo el megalitismo de Asturias. Más de una treintena de útiles y dos centenares largos de restos de talla y de elaboración instrumental documentan, en una óptica tecnomorfológica, un pronunciado arcaísmo que resalta de modo más neto la abundancia de raspadores de vaga definición tipológica. La imagen de un remoto trasfondo epipaleolítico

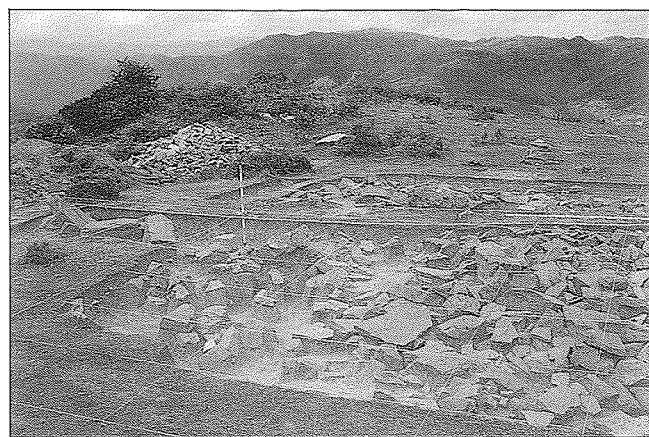


Fig. 1.—Excavaciones al exterior del dolmen de La Collá Cimerá, sector S. El jalón vertical señala la ubicación del esteliforme

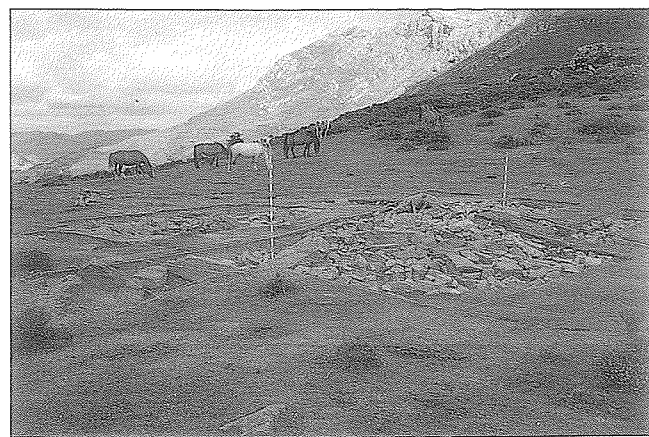


Fig. 2.—Dolmen de La Collá Cimerá. El esteliforme está señalado por el jalón en el centro de la imagen. A su derecha el túmulo y la cámara megalítica

en tal industria no orilla el acento neolítico de la propia arquitectura y del universo cultural que la misma significa.

Los trabajos finales en el megalito, ejecutados en 1987, tuvieron como finalidad comprobar lo previamente observado al sur del mismo: el emplazamiento y la correlación precisa con el megalito de varios bloques de piedra y en particular de uno, algo erguido, aflorando aún en el momento de iniciarse las excavaciones (fig. 1 y 2).

El análisis de este bloque llamativo determinó la extensión del área excavada de modo que el incremento del re-

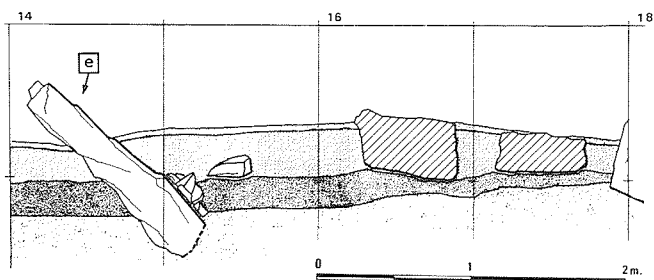


Fig. 3.—Sección estratigráfica del sector donde se emplaza el esteliforme. Su base se cimenta en el mismo *solum* sobre el que fue construido el dolmen (dibujo de Angel Villa)



Fig. 5.—Posición de la estela durante las excavaciones

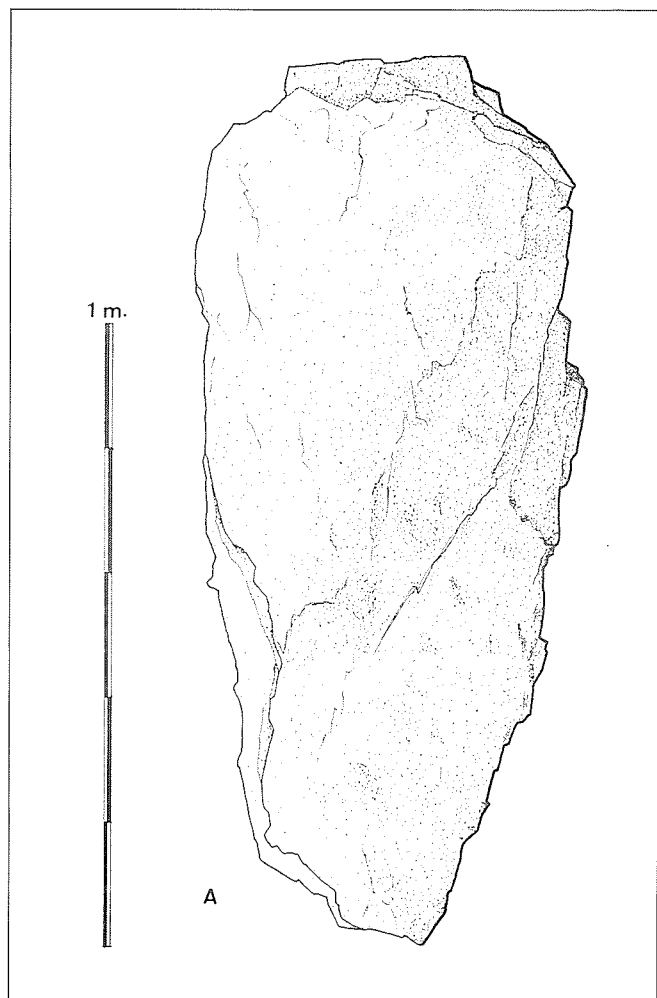


Fig. 4.—Esteliforme (dibujo de A. Villa)

gistro horizontal hiciera comprensible la integración del edificio megalítico con otros elementos externos a la misma e implantados sobre el mismo horizonte de edificación.

Tal apertura de la superficie excavada dejó ver una sucesión de bloques pétreos de la misma naturaleza que los integrantes del relleno del túmulo. Su origen parece hallarse en el propio desmantelamiento (por causas diversas, además de las antrópicas) del dolmen e, incluso, en el proceso de acopio de los materiales que lo conforman. Sin embargo, sueltos al S. del borde del túmulo, varios bloques tumbados responden a razones diferentes. El mayor de todos, fijado en su base, permanecía inclinado, emergente su mitad superior en el suelo actual. La lastra, de 1,40 m. de largo, se encontraría, primitivamente, dispuesta de pie, fija en el suelo mediante una pequeña zanja, ajustada en la misma con calzos de piedra, detectados todavía por la excavación (fig. 3, 4 y 5).

Se concluía del conjunto de lo observado que el bloque estuvo erguido e independiente sobre el mismo plano que el megalito, como un pilar bien diferenciado. La propia atención a la morfología del monolito daba paso a consideraciones de interés. No era, desde luego, de un bloque amorfo; por el contrario, disponía de una labra muy superior a la de los propios ortostatos de la cámara del próximo megalito. Una cara aparecía aplanada con cuidado, mientras que su forma se desarrollaba con clara simetría axial en tres sectores diferenciados: un estrechamiento en la base, ensanche en el sector mesial y medio-superior y, finalmente, un pequeño cuerpo rectangular como remate terminal.

La forma descrita, nada aleatoria, señala una intención escultórica en el bloque. Este ortostato aislado resulta una

novedad en el megalitismo regional, denunciando la probable variedad de constituyentes del repertorio monumental megalítico, superior a lo que hoy nos deja vislumbrar la sola excavación de los túmulos y no el espacio en torno a los mismos.

El esteliforme de la Collá, al S. del dolmen, ¿indicando la ubicación del resto de la necrópolis, extendida al mediodía?, incrementa dimensional y constitutivamente el espacio funerario; su forma enuncia también, esquemáticamente, el bosquejo de una silueta que tal vez pudiera interpretarse como una, desde luego, remota alusión antropomórfica.

Nada en su estimación aislada, considerando sólo criterios formales, podría llevarnos más lejos de la aceptación de esa posible sugerencia interpretativa. Sin embargo, esta somera escultura megalítica cuenta con posibles referentes bien contextualizados, viniendo en apoyo de una interpretación sin duda arriesgada, pero en absoluto carente de indicios de racionalidad.

La ausencia de paralelos en el ámbito cantábrico convierte a la de la Collá Cimera en un testimonio poco frecuente en su medio cultural, situación de soledad que no carece, sin embargo, de situaciones semejantes en otras áreas megalíticas atlánticas. Se hace tentadora a este respecto la comparación con estelas de las conocidas tumbas monumentales bretonas: en Kercado, como parecido más preciso, un monolito hincado a unos metros del dolmen parece señalar el acceso a su recinto sepulcral; en las cámaras del Cairn III de Ile de Guennoc existen lajas muy simples en su tratamiento escultórico, pero el reflejo en ellas de la figura humana ha sido, como en nuestro caso, positivamente considerado (L'Helgouach, 1979, 157-196).

A los ejemplos comentados podrían sumarse otros igualmente extrapeninsulares, cuya cita no pretende ocultar los límites que a su consideración imponen la distancia espacial y su inserción en marcos culturales específicos e independientes. A tal cautela no se le deben ocultar, no obstante, los fenómenos de convergencia ante intenciones de naturaleza semejante, confluyentes en la creación de recintos monumentales técnica y cronológicamente paralelizables. La presencia de estelas, simples o anicónicas, a veces incluso embutidas en la propia estructura monumental, nos pone en la pista de ciertas actitudes de orden funerario (¿se puede decir, igualmente, religioso?) escasamente conocidas y nunca reunidas en la bibliografía especializada (quizá con excepción del conjunto de grandes estelas decoradas de Locmariaquer, rotas y reutilizadas después por los constructores megalíticos, en un extraño comportamiento calificado de iconoclasta en el neolítico bretón; L'Helgouach, 1983).



Fig. 6.—Esteliforme tras la excavación de su zanja de cimentación

Como muy llamativas, en el sentido que comentamos, pueden destacarse las circunstancias observadas en el dolmen de Pech d'Arsou, en Lot. Integrando su estructura se disponía en este megalito una laja calcárea hincada, en cuya base fue hallada una gran piedra plana sobre la que descansaba una calota craneana casi intacta y fragmentos de la mandíbula. Esta localización no se debía al azar, toda vez que en el corredor inmediato no existían osamentas humanas. Otras estelas internas en tumbas megalíticas de la misma región francesa carecen de sentido arquitectónico de modo que, jugando con ejemplos de diferentes regiones, se llegó a proponer que tales bloque pétreos, distinguibles entre sí en su génesis y en su posición en los dól-

menes, responderían a la necesidad simple de materializar el alma de uno o de varios muertos, o que quizá significaran una fuerza protectora de la sepultura, hipótesis que de no ser válidas no se opondrían a la realidad de un hecho arqueológico documentado en bastantes lugares (Clottes, 1966).

Recayendo en nuestro propio ámbito cultural, al monolito considerado antropomórfico descubierto junto a un túmulo de Paredes, en Lugo, se suman las pequeñas estelas (0,50 m. la más alta) de la *mámoa* n.º 2 de la estación megalítica de Parxubeira (La Coruña). Las cuatro conocidas aparecieron clavadas en el suelo, alineadas perpendicularmente al eje de la cámara dolménica, frente a su ingreso, y al exterior del túmulo, (Rodríguez Casal, 1989) una posición que no puede más que remitirnos a la ya descrita en el dolmen de la Collá Cimera que venimos comentando.

La confirmación de las relaciones entre el megalito y el esteliforme, junto con el análisis de la forma de asentamiento de este último, fueron las tareas realizadas en 1987 como fin de las investigaciones en la necrópolis de La Cobertoria. También en el mismo año se procedió a las labores de protección de algunas de las estructuras prehistóricas, labores referidas en los párrafos que cierran este informe.

* * *

Finalizadas las excavaciones de La Cobertoria se hacía precisa la introducción de algunas medidas protectoras tendentes a la conservación del conjunto prehistórico.

Ya durante los propios trabajos de investigación habíamos procurado, y conseguido, una mínima alteración de las estructuras, de manera que lo realmente desplazado de forma significativa fuera el sedimento de relleno de unas estructuras constituidas esencialmente por materiales pétreos. Con esta intención se procedió al entibado de seguridad en la Mata'l Casare, aunque no se percibieran indicios de movilidad en los ortostatos camerales, y a la reconstrucción de los sectores del túmulo desmontados du-

rante la disección analítica del mismo. Actuaciones semejantes se siguieron en los megalitos del Llagüezu, de la Collá Cimera y en la Mata'l Casare II. En el lugar de Los Fitos fue rehecho el túmulo, despiezado en una alta proporción, mientras que en el recinto delimitado por el "alineamiento de bloques hincados (los '*fitos*' que dan lugar al topónimo allí localizado) se procedió al relleno del espacio previamente excavado e incluso a la colocación de tapiz vegetal en el mismo.

El tratamiento seguido en conexión exclusiva con las tareas estrictamente arqueológicas resultaba insuficiente para la salvaguardia de los monumentos localizados en las zonas más transitadas. La alternativa entre cierre sólido con intención de aislamiento físico de cada megalito, y cierre indicativo, más delimitador que coercitivo, se saldó a favor de la segunda opción. En efecto, la primera fórmula significaría el enmascaramiento de la estructura prehistórica con otra moderna aparatosa y a fin de cuentas poco útil, ya que en un medio montañoso y solitario, ¿qué sistema de cierre puede resultar válido? Una cerca sencilla, sin embargo, actuaría como delimitadora del espacio monumental y como indicativa de la ubicación de algo que pudiera ser libremente visitado sin provocar las ansias destructivas de cualquier visitante desaprensivo.

Dada la posición discreta, en las inmediaciones de una pequeña cañada lejos de los caminos, de los dolmenes de la Mata'l Casare, se optó por no introducir cierre en los mismos. Se dispuso aquel en los restantes por su mayor riesgo: Los Fitos con el túmulo y el alineamiento de piedras hincadas, separados por la pista, a veces transitada por automóviles, que asciende al Prau'l Llagüezu; el megalito de este último, por ubicarse en una cumbre muy frecuentada; la Collá Cimera porque el dolmen está próximo a la carretera asfaltada que asciende al Gamoniteiro, punto culminante de la Sierra del Aramo (fig. 7 y 8).



Fig. 7.—Cierre de delimitación del semicírculo lítico de Los Fitos

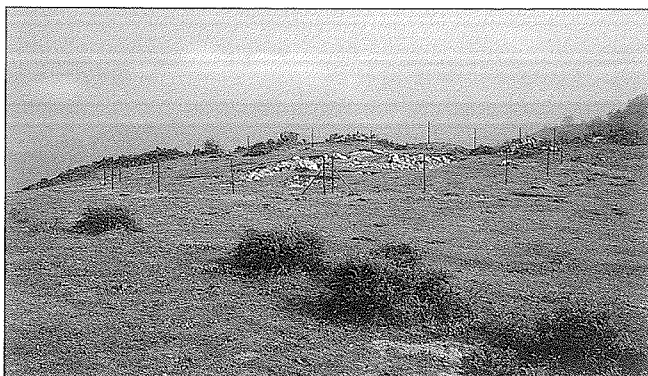


Fig. 8.—Cierre en La Collá Cimera

Consistía la cerca en todos los delimitados, —cerrando una circunferencia de radio mayor que el de los respectivos túmulos, preservando un espacio potencialmente arqueológico—, en sencillos piés de tubo galvanizado a intervalos de 2-3 metros y en tres hiladas de alambre liso de pié a pié, dejando un pequeño orificio para el paso de personas. La sumaria instalación fue sufragada por el Servicio del Patrimonio Histórico y Artístico de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.

Para una fase ulterior se había previsto la colocación de carteles con breves textos explicativos de la naturaleza histórica de la estación megalítica y los datos específicos de cada uno de los monumentos. La experiencia sufrida: extracción de piedras del túmulo del Llagüezu por un particular (oportunamente localizado y sancionado judicialmente), y las destrucciones intencionadas de las cercas (hasta los tubos metálicos fueron serrados por su base), muestran los graves problemas que enfrenta la custodia del patrimonio arqueológico y nos sitúa ante la dura disyuntiva exhibición/ocultación de lo descubierto, investigado y recuperado.

BIBLIOGRAFIA

BLAS CORTINA, M.A. de (1990): "Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y El Llanu La Vara (Las Regueras)", en Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986. Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, págs. 69-77.

L'HELGOUACH, J. (1979): "Les groupes humains du V^e et III^e millénaire", en P.R. GIOT et alii; Préhistoire de la Bretagne, págs.

L'HELGOUACH, J. (1983): "Les idoles qu'on abat... (ou les vicissitudes des grandes stèles de Locmariaquer)", en Bulletin de la Société Polymathique de Morbihan, n^o 110, págs. 57-68.

CLOTTE, J. (1966): "Les dolmens du Rat (Saint-Sulpice, Lot) et de Pech d'Arsou (Corn, Lot) et leurs stèles aniconiques", en Gallia Préhistoire, T. IX, fasc. 2, págs. 387-404.

RODRIGUEZ CASAL, A. (1989): *La necrópolis megalítica de Parxubeira*. Monografías Urxentes do Museu, n^o 4 A Coruña.